

Mientras vivimos, si es que hemos vencido las amenazas y miserias de la vida, nos la pasamos preguntando, descubriendo y conversando. Somos, decía Aristóteles, ese raro animal que conversa en la ciudad. En medio de la vida y de lo que nos rodea, nos preguntamos por el sentido de la existencia y el mundo. Al animal humano, a diferencia de otros animales cercanos, no le basta meramente con vivir; quiere vivir bien.

En algún momento del paleolítico fue perdiendo el pelaje que lo cubría, aprendió a caminar erguido y le creció el cerebro. Así lo dice el mito bíblico del Paraíso: el hombre y la mujer fueron creados por Dios y colocados en un lugar maravilloso en donde vivirían sin cuidado, inocente y dulcemente. Sólo les puso una condición: no podrían probar el fruto del árbol del conocimiento, ni el fruto del árbol del bien y el mal. Pero los probaron. Los humanos no podemos resistir la tentación de conocer; por eso fuimos expulsados.

Arrojados a lo in-protegido, nos vimos

obligados a conocer. Esa experiencia nos convirtió en humanos; vivir es ese estar entre ser animales y dioses. Y nos ha gustado, ha sido el placer que nos distingue. Los hombres tienden por naturaleza a conocer, dice también Aristóteles, y eso, añade, nos produce placer; disfrutamos el sabor fresco, sorprendente, de lo que estamos conociendo. La historia humana ha sido la historia del brote a conocer lo incierto, pero también a temerlo, pues la mayoría se resiste al cambio inevitable del mundo.

Para amansar a este animal inquieto, la sociedad ha entregado su formación a sacerdotes y profesores. Afortunadamente, en las religiones hay seres genuinamente religiosos y en las escuelas y universidades, espíritus libres. Expulsados de la naturaleza, hemos imaginado y construido un mundo, y ese mundo es histórico. El hombre no tiene naturaleza sino historia, decía Ortega. Sólo el animal humano es capaz de salir de sí mismo, de transhumanarse, de ir más allá del hombre.

Para asomarse a esa posibilidad todavía lejana, para habituarnos a lo que imaginamos, hemos demorado el cumplimiento de nuestras necesidades naturales, las hemos transformado en juegos, artes. Así, para ir

de un punto a otro, hemos inventado pasos, peregrinaciones, estaciones, ritos de llegada; para alimentarnos, el arte culinario; para cubrirnos o descubrirnos, las vestimentas; para protegernos del descampado, las casas, las calles, las plazas y los bares; para dar lugar a lo misterioso, los templos y los tiempos del año; y para reproducirnos, los juegos gozosos e inciertos del amor y el erotismo. Hemos atenuado los peligros, nos hemos demorado, y hemos morado en esa demora. Haciéndonos amigos de lo desconocido, vamos diciendo lo que somos y en donde estamos: eso es la poesía. Y el arte más conmovedor, la música, hace aparecer lo que no existe.

El hombre es el animal poético e imaginario que se ha inventado a sí mismo. Y, como para vivir bien necesita un lugar donde conversar y decidir, inventó las ciudades. Ha aprendido a explorar su inseguridad, y a gozarla. A ese brote que lo impulsa a conocer, a distinguir matices, a separar la paja del trigo, a revisar las evidencias aparentes, lo llamamos crítica. Crítica de la razón, crítica de las costumbres. El ejercicio crítico mejora nuestras capacidades. Así, nos sentimos bien, nos saludamos, celebramos. La vida es crítica y celebración. Crítica y celebración de la vida

y del mundo. Celebramos las buenas jugadas, el nacimiento y la muerte, el éxito y la sin salida, la acción, el trabajo y la contemplación. Y siempre atentos: mientras jugamos el juego de nuestra existencia, estamos criticando y celebrando a la vez.

Este juego requiere el rigor de los oficios: no nos interesa un juego sin reglas. Debemos aprender a respetarlas, y a modificarlas también, para que el juego responda a los cambios del mundo. Rigor de los conceptos, también. La realidad humana puede ser de muchas maneras, pero no de cualquiera. “Si los conceptos no están claros –dice Confucio– las obras no se hacen bien; y si no se hacen bien, decaen el arte y la moral. La justicia es insegura. Si la justicia no es precisa, el país no sabe dónde apoyarse. Por eso, no debe tolerarse que las palabras no estén en orden. Esto es lo que importa”. Parece escrito hoy día. A este intento de recuperación, a esta decisión de claridad que nos permita encontrarnos amistosamente desde nuestras diferencias, me parece bien llamarlo Crítica y Celebración.

Esta publicación contiene un texto inédito escrito por Ernesto Rodríguez Serra en abril de 2021. Es una autoedición de Crítica y Celebración impresa en risografía sobre papel Olin Rought ahuesado de 120g. por RataEstudio en otoño de 2023. Solamente existen 200 ejemplares.

Ese raro animal que conversa en la ciudad

por Ernesto Rodríguez Serra

